



LUNA, Manuel (ed.)

La ciudad en el tercer milenio

Murcia : Universidad Católica San Antonio, 2002. – 403 p. ; 21 cm. – ISBN: 84-95383-20-9

Tenemos ante nosotros un libro editado por Manuel Luna antropólogo y profesor de la UCAM, en el que se coordinan un conjunto de nuevas propuestas que confluyen en torno a la antropología social y cultural, todas ellas en torno a un punto común: los procesos sociales y las condiciones propias impuestas actualmente en el contexto y en el ámbito urbano. Trataremos de reflejar dicha pretensión haciendo el recorrido a través de la obra donde podemos comenzar señalando la aportación del editor (“Pretextos culturales: música e identidad en la ciudad del siglo XXI”), interesado en el análisis del discurso musical, considerado vehículo comunicativo de primer orden, “no sólo como efecto de la estructura y el entramado cul-

tural de una sociedad, sino como causa y razón en la producción de nuevas identidades” (p. 133).

La reflexión antropológica de lo urbano ante este nuevo milenio prosigue a través también de aportaciones referidas al ámbito de la familia, tal y como hace Joaquín Guerrero (“Familia, parentela y red social: matrices relacionales en la ciudad”) y al ámbito del consumo y la empresa, ahora por parte de José Luis Rodríguez (“Itinerarios consumistas, narrativas empresariales y relatos antropológicos. Viaje y construcción del sentido en *Universals Port Aventura*”). También hallamos temáticas como la relacionada con la inmigración y la etnicidad a cargo de Sol Tarrés (“Inmigración magrebí y espacio urbano”), o con lo simbólico y religioso de la mano del antropólogo y especialista en la cuestión Rafael Briones (“Significado y funciones de las religiones en el tercer milenio”). Por su parte, la antropología de la alimentación también está presente en este interesante y rico volumen, gracias también a otra especialista, Mabel Gracia con un trabajo titulado “Consumo alimentario, márketing y cultura”. Podemos añadir otra novedosa reflexión a cargo de Julia Navas (“Vacas locas: un enfoque desde la antropología”) quien se detiene ante una problemática tan de actualidad.

Como vemos el intento de abordar lo urbano desde sus más recientes vicisitudes y problemáticas es el hilo conductor del libro cuya edición se abre con un trabajo de Manuel Delgado (“Estética e infamia. De la lógica de la distinción a la del estigma en los marcanjes culturales de los jóvenes urbanos”) en el que se destaca el interés por los mecanismos de territorialización en la urbe que supuestamente cumplen un papel de creación, control y protección de espacios situados al margen de la acción. Se trata de entender territorios que han quedado tanto a un lado de la instrumentalización económica como de las agendas políticas oficiales y donde aparecen microculturas juveniles que actuarán como grupos zonificadores, es decir “colonizadores de territorios inhóspitos y asilvestrados de los contextos urbanos” (p. 20). Éstos aparecen con la característica de la indefinición respecto a lenguajes y valores donde hallamos personas pertenecientes a la frontera entre lo urbano y lo político, entro lo que se estructura y lo ya estructurado.

Se trata en palabras de Manuel Delgado de “pioneros, exploradores o expedicionarios, levantadores de puentes entre espacios y territorios, entre lo inorgánico y lo orgánico de la ciudad, responsables de todo tipo de reajustes y reagrupamientos” (*idem*). En

esta perspectiva irán apareciendo “*variedades de estos dispositivos de encuadramiento teatral y movilización estética*” (p. 21) donde encontramos al rocker, punk, neohippy, skins... como “*frente de un nuevo folklore específicamente urbano*” (p. 23) frente a los “socialmente integrados”, “los normales”; es decir “*quienes pensamos que no nos disfrazamos para salir a la calle y quienes eventualmente encontramos un refugio entre la multitud urbana*” (p. 30).

Ante este ámbito urbano, Antonio Montesino (“Espacio público, sociabilidad colectiva y mestizaje cultural”) propone una conceptualización como espacio socializado y culturizado que para él “*constituye una realidad que nos remite permanentemente a la estructura social, a los códigos culturales de la colectividad que lo habita y al sistema cognitivo de los individuos*”. Éstos simultáneamente, “*despliegan sobre él un conjunto de sentimientos, imágenes y reacciones*” (p. 49). Se trata de un espacio “*en el que se conjuga la funcionalidad con una carga simbólica innegable; hecho y alterado por el hombre; históricamente definido y, socialmente, conformado por las relaciones imperantes en cada momento*” (*idem*). Destaca la actitud de rechazo ante compartimentaciones fijas donde las personas puedan “alterar” y “traspasar” ininterrumpidamente las fronteras intraurbanas de manera interactiva con los “desconocidos y los modos de vida divergentes” en base a “la tolerancia” y “resolución pacífica y racional de los conflictos” (p. 73).

Pilar Monreal (“Movimientos de mujeres en los sectores populares urbanos”) nos llama la atención sobre el interés en torno a los movimientos sociales, abordando la implicación de las mujeres. La presencia de éstas supone además de una manera de relación con la política, “una nueva forma de organización y relaciones sociales y una nueva concepción de lo que es la política” (p. 103). Respecto a los problemas experimentados se remarca en este capítulo, la importancia del paso desde el ámbito de lo individual y privado, al público y colectivo, tendencia que “*implica aprender formas de organización y el ejercicio de relaciones democráticas y horizontales*” (*idem*), además de la interacción con las instituciones y la constitución de una escena de acción social de los sectores populares urbanos para las mujeres.

La cuestión de los espacios en la ciudad también es tratada por Antonio Mandly bajo el título “Espacios, lugares, transparencias” quien aborda la temática del lugar espacial como entrecruzamiento. Se trata del “*entrecruzamiento de diferentes líneas de fuerza en el contexto de una situación determinada*”, ésta aparece “*definida objetivamente por las fuerzas sociales portadoras de legitimidades desiguales*” (p. 128). Preocupado por el desarraigo territorial propio de la ciudad de este tercer milenio, trata de localizar las desigualdades en la base material de la globalización afirmando que la expansión de la cultura ha de tener en cuenta la diversidad. Por eso, según Mandly el “lugar” es el “espacio” de dicha diferencialidad.

Por su parte, Antonio Aledo (“Desigualdad, urbanismo y medio ambiente: la primera urbanización”) nos recuerda el triple objeto de estudio de la antropología urbana compuesto por el entorno construido, los ciudadanos y los procesos sociales y culturales. Recorriendo el denominado primer urbanismo, nos dice que las ciudades fueron y son el “*resultado de la interacción de fuerzas estructurales con la capacidad de agencia de los seres humanos de transformarlas, de construirlas*”. Para Aledo, los viejos instrumentos ideológicos de control se han substituido por “*otros elementos sociológicos, arquitectónicos y espaciales –incluso virtuales– que se han convertido en nuevos mecanismos para la reproducción social*” (p. 172). Si antes las élites justificaban su posición privilegiada mediante el ritual, conectando las fuerzas sobrenaturales con la población y el mundo natural, actualmente en el siglo XXI, se basan en el supuesto de la conexión de lo local con lo global. “*El templo ha dado paso a los grandes espacios de consumo y ocio a don-*

de fluye una riqueza desigualmente redistribuida pero que es simbólicamente representada como de libre acceso” (idem). El trabajo del antropólogo está en “descubrir y mostrar qué elementos del entrono urbano desempeñan estas funciones, cómo se articulan estos nuevos mecanismos urbanos de control social”, en otros términos llegar hasta las relaciones que se producen entre la forma urbana y la arquitectónica y las legitimaciones ideológicas de la desigualdad.

En este recorrido a través de esta edición antropológica urbana, no podemos dejar de citar ahora el trabajo de Modesto García (“ Habitaciones separadas. O las grietas de la modernidad”), quien se interesa por el cambio en los hábitos relacionales que fueron propios de la vida en el medio rural, donde ahora aparecen relaciones típicas de la vida urbana. Por su parte Miguel Hernández, muestra una abierta preocupación por el estudio de nuevas configuraciones y maneras de vivir la ciudad, en un trabajo muy sugerente que lleva por título “La ciudad museizada: la aparición del objeto simbiótico”. Terminaremos con la alusión a Carmina Gaona y Enrique Anrubia (“Redimir y salvar la ciudad”) quienes reflexionan y pasan por conceptos como los de salud/enfermedad en un intento de estudio relacional y de redefinición y planteamiento de lo urbano.

Sólo nos quedaría –parfraseando el prólogo– verificar la utilidad de esta reciente aportación, su utilidad como “herramienta”, como “proyecto y como compromiso” a la hora de “indagar en las tradiciones, contradicciones y retos que la Antropología nos proyecta en la actualidad”, he aquí el verdadero desafío antropológico ya iniciado. Pensamos que tenemos ante nosotros una buena oportunidad.

Juan A. Rubio-Ardanaz